

Después de leer á Edgar Poe, puede acontecer que un hombre inútil deje á Virgilio y coja á Berceus, y abandone á Petrarca por Cubier, Humbolt ó Mesmer.


Si así lo hicieres, Dios te lo premie, y si no, te lo demande.—PEDRO.

Ontaneda, 1858.



CARTA Á EMILIO CASTELAR,

Á PROPÓSITO DE SU LIBRO «LA CIVILIZACIÓN EN LOS CINCO PRIMEROS SIGLOS DE LA IGLESIA».

 QUERIDO Emilio: Llevo dos horas de escribir cuartillas y de romperlas.— Créeme: yo no sé juzgar tu libro: te lo confieso con franqueza.

Acostumbrada mi imaginación á estudios ligeros, enervadas mis facultades intelectuales, débiles de suyo, por una pereza de muchos años; abrumado por tanta elocuencia, por tanta poesía como rebosan tus Lecciones; vivos en mi memoria aquellos momentos de frenético entusiasmo que pasé oyéndote en el Ateneo, cuando á la magia de tus ideas se unía la de tu palabra arrebatadora, nada se me ocurre que no sea vulgar y pálido; que no discrepe de la grandeza del asunto; que no fuera contra tu obra, porque la redujese á las exiguas proporciones de mis alcances, ó que no fuera contra

mi crédito literario, porque diese al público el secreto de la postración de mi espíritu y de la escasez de mis conocimientos filosóficos.

No miento, no te adulo, no me excuso por eludir el compromiso contraído. Te digo la verdad, ó por mejor decir, te repito lo que me has oído tantas veces.

Yo, Emilio, no vivo en el mundo que has querido iluminar con tu obra; yo no tengo *a priori* simpatías ni antipatías históricas ó historiales: yo no pertenezco á ninguna escuela filosófica ni política: yo no creo ni dejo de creer en esos criterios fatales ó providenciales, de penitencia ó de progreso indefinido, que á muchos os hacen ver la Historia como un poema con unidad de acción. Yo soy un hombre de lo presente; enemigo de lo pasado por instinto, y medroso de lo futuro por religión y apego á lo poco bueno que me cerca. Yo, en fin, no tengo nada que ver con las ideas que presiden á tu obra: no las amo; no las odio, no las niego; no las concedo:—no me importan. Te admiro cuando eres artista; te envidio cuando poeta; me asombras cuando erudito; no te comprendo cuando filósofo..... Hablas un idioma que no poseo; ¡mengua para mí que no lo he aprendido!—¡Consecuencia tristísima del ocio en que se arrastra mi juventud!

No, no puedo juzgar tu libro.—Que el mundo marcha; que la humanidad camina por

la senda de un perfeccionamiento progresivo; que hoy somos más felices y más grandes que ayer.....—Nada me atrevo á responderte; sólo sé que lo dices con elocuencia, con lógica (dentro de las convenciones á que te atienes), con calor, con abundancia de citas y testimonios....., y que, sin embargo, no me curas de mi mortal tristeza.

Pero noto, Emilio, que también tú—perdona,—estás un poco picado de mi melancólico eclecticismo, sólo que en ti es activo y en mí pasivo; en ti fruto de una múltiple afirmación, como en mí de una denegación tan infinita que acaba por negarse á sí propia.

Noto (y al llegar á este punto empiezo á sospechar que esta carta va á suplir por el artículo que te prometí ayer y que hoy no me he atrevido á escribirte, y por la Revista que me piden para el folletín de *La Época*, pues voy metiéndome insensiblemente en harina, y ya se me ocurren muchas cosas que decir, y cuento lo bastante con la bondad del público para esperar que me dispense la llaneza de un escrito que, juro y perjuro, no pensaba publicar); noto, decía, mi querido Emilio, que tú, más que nada, eres un gran poeta; ó por mejor decir, que tú *sólo eres poeta*; poeta de la nueva raza: poeta de pensamiento, no de corazón; poeta *objetivo*, que dirías tú; poeta épico, en una palabra; pero no al modo de Ho-

mero y de los demás grandes cantores de la antigüedad clásica; no poeta-sacerdote de los dioses inventados, de las grandezas forjadas en la imaginación, de las religiones, de las fábulas y de los mitos, sino poeta de los hechos, de las ciencias, de las artes, de la naturaleza, de los mundos. Así se explica — y vuelvo á lo de tu eclecticismo positivo, activo, afirmativo, ó como quieras llamarle;— así se explica que, creyéndote demócrata, te extasíes ante lo privilegiado; que quemes incienso lo mismo ante los emperadores que ante los tribunos; que admires las grandes conquistas de la razón humana, juzgándola piedra de toque de todo lo conocido y sentido, y cantes al mismo tiempo los Misterios y la Revelación; que te digas sectario de la ciencia moderna, amante de la Revolución, soldado del progreso, hombre del siglo XIX, filósofo á la moda, y luego aparezcas católico, apostólico, romano, adorador del culto externo, de la pompa de las catedrales, de la fe sencilla de los pastores, etc., etc. Así se comprende, en fin, que en unas páginas de tu libro seas materialista, y te expliques el mundo moral y físico por el movimiento de una sustancia cósmica, y en otras hables de cuerpos y de almas, de cielos y de infiernos, de libre albedrío y de Providencia, de predestinación y de penas y castigos.— Aquí cantas el mundo pagano; allá el cristiano; en una

parte te guía el entusiasmo artístico y levantas sobre toda beldad la belleza de la forma; en otra parte, arrebatado en alas de tu caridad, rindes culto á la belleza moral, á la virtud, al derecho, al sufrimiento, al martirio. Todo lo amas, pues; todo lo admiras; todo lo cantas.—¿Cómo no, si eres poeta? ¿Cómo no, si eres artista?

Artista y poeta eres, que traduces las armonías de toda la creación. Toda hermosura te tendrá siempre de su lado. Aquí ensalzarás el interés dramático de un crimen ó de una abominación; allá el contorno épico de un conquistador cruel y sanguinario; un día te electrizará el fragor de una batalla, y alzarás himnos al Dios de los Ejércitos; otro, clamarás por la paz universal y llamarás verdugos á Alejandro y á César.

Leyendo á tus filósofos, compadecerás á los pueblos que toman por lo serio las mil y tantas sectas religiosas que aún hay sobre la Tierra; leyendo el Evangelio, compadecerás á los filósofos y bendecirás á tu madre, que inflamó en tu corazón el amor á la Virgen María.....

Tal eres, Emilio; tal es tu obra, y tal soy yo, aunque pasivamente, como te dejo dicho.

Yo, pobre poeta por el corazón, me baño perezosamente en el mar del sentimiento, sin querer tocar á sus orillas, sin saber siquiera dónde se hallan: tú, poeta por el pensamiento,

te remontas á las nubes, recorres los espacios y los tiempos, resucitas generaciones, ves lo pasado, sueñas con lo futuro, hablas con los héroes y con los profetas, con los mártires y con los emperadores; los adivinas ó los idealizas, y los presentas agrandados por tu imaginación al público absorto que te escucha.

¡Cuánto pudiera decirte al llegar á este punto, si hoy te considerara como orador, querido Emilio!—Día vendrá en que mi tosco pincel ensaye la ardua tarea de retratarte en la tribuna, cuando, transfigurado y sublime, suspendes el ánimo del auditorio, te apoderas de su razón y de sus sentidos, mago, magnetizador ó poeta *iluminado*, y lo obligas á pensar, á sentir, á desear lo que tú piensas, lo que tú sientes, lo que tú desesa.—Pero hoy hablo con el filósofo, con el escritor, con el hombre, *contigo*, Emilio.....—Con el otro, con el orador, con *Castelar*, no emplearía yo argumentos; no le escribiría cartas; no investigaría la verdad de lo que dijese; aplaudiría y lloraría como todo el mundo, y le daría la razón aunque negase la luz del día.

Pues bien: al escritor, al pensador, al autor del libro que acabo de leer, ya le he dicho más de lo que me figuraba podría decirle.—La pereza me impidió consagrarte un artículo; la pereza me ha hecho escribirte esta carta; la

pereza también me ha servido de musa.....—Oye la última observación de mi pereza.

Dime, Emilio (y perdona que torne á nuestra constante polémica): ¿crees tú con todo tu corazón en ese *fatum* histórico que persigues en tu libro? ¿Crees en el progreso indefinido? ¿Crees que la civilización conduce á algo?

No me he explicado bien. Te lo diré de otro modo.

¿Crees que la humanidad es hoy más feliz que hace quince siglos? ¿Crees que los derechos individuales y los bienes materiales remunerarán al hombre la felicidad que el *progreso* le ha robado al *ilustrarlo*? ¿No adviertes que, á medida que cunde la cultura, la sociedad enferma de muerte? ¿Sientes tú el malestar general? ¿Notas el sello de melancolía que lleva en el rostro nuestra generación? ¿Nada te dice la degradación de la literatura y de las artes?—Ó, valiéndome de otras fórmulas: la civilización, ¿es la felicidad? ¿No es más feliz el ignorante que el avisado, el estúpido que el filósofo, el fanático que el escéptico?—Asómate á París, Emilio, y medita dos horas: ¡dime en seguida si camina el siglo hacia la perfección ó se precipita hacia la locura!

Pero no me hagas caso. Todo lo que te digo tiene contestación, que ya me han dado muchos filósofos..... ¡Sólo te ruego que no me creas neocatólico ni carlista por lo que acabo

de decir! En medio de todo, si los tiempos presentes me parecen desgraciados en punto á instituciones políticas, los tiempos pasados me parecen vergonzosos. ¡Amo á la humanidad, Emilio, con un sentimiento de compasión tan hondo, que concibo la muerte en cruz con tal de redimirla de la tremenda situación en que se encuentra!—Ningún camino es el de su dicha.—¡Por todas partes abismos!—¡Por todas partes el hombre enemigo de su hermano!....—¡Ay! ¡La patria del hombre no está en la tierra!

¿Ves? El propio peso de mis ideas me hace caer en la necesidad de otra vida y en la teoría del mérito y la penitencia, que hace de este mundo una peregrinación y un ensayo....—Si no, ¿cómo nos explicaríamos un palacio tan hermoso y un huésped tan desgraciado? ¿Por qué serían los irracionales más felices que el hombre?

Dame pena concluir aquí mi carta: yo quisiera *acabar* sin que hubiese en mi epístola *última palabra*. Es decir, que después de escrita la última, quisiera escribir otra negándola, y luego otra negando ésta, y así hasta lo infinito; hasta que formaras idea exacta de que yo no respondo de ninguna opinión mía.

Pero de lo que sí respondo, Emilio, es de que tú, poeta ó filósofo, historiador ó artista, escritor ú orador, racionalista ó católico, de-

mócrata ó cortesano, eres ya, siendo tan joven, una verdadera gloria nacional, de que deben estar ufanos todos los españoles, lo mismo tus amigos que tus enemigos (desgraciadamente careces de estos últimos); pues tu genio, tu elocuencia, tu erudición, tu imaginación extraordinaria, la pompa de tu estilo y tu prodigiosa memoria son altas cualidades que debes al cielo, y que, ya las emplees en la verdad, ya en el error, aumentan diariamente los tesoros de la poesía castellana.

Sabes que, aunque te admirara menos, te querría lo mismo tu amigo de siempre.—
PEDRO.

Madrid, 1858.

